

BIBLIOTECA
Selecta

agosto

FITO AGUILERA

**PANAMA ES UNA
TACITA DE ORO**

(novela corta inédita)

FIALHO D'ALMEIDA

**CUENTO DEL ARRIERO
Y DEL DIABLO**

Notas de
LAURENCIO GALLARDO y ROGELIO SINAN

1946

8

LAS MEJORES FIRMAS

Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

SHERWIN-WILLIAMS

PINTURAS

LA MEJOR CALIDAD EN EL MUNDO



**SU CASA MERECE
LO MEJOR ...**

SWP

de SHERWIN-WILLIAMS

PINTURA PREPARADA



La Pintura Preparada SWP de Sherwin-Williams es famosa en el mundo por su superior calidad. ¡Realmente una pintura en que se puede tener completa confianza! Al pintar su casa insista en que se use SWP para obtener el máximo grado de protección y belleza.

Almacenes
MARTINZ S.A.

AROELECTRICA, S. A.

**AGENCIAS, MATERIALES Y
SERVICIOS ELECTRICOS**

Cable: "AROELECTRICA"

AVE. CUBA No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
PANAMA, R. P.

Avenida
JUSTO AROSEMENA
Y CALLE 12
Tel. 1088-L
COLON, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Agosto de 1946 — Número 8

FITO AGUILERA

**PANAMA ES UNA
TACITA DE ORO**

(novela corta inédita)

FIALHO D'ALMEIDA

**CUENTO DEL ARRIERO
Y DEL DIABLO**

Notas de
LAURENCIO GALLARDO y ROGELIO SINAN

Ilustraciones de
Fernando Carcheri y Luis Lince

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

Precio de Suscripción

B. 1.50 al Año

* * *

En el próximo número publicaremos

TRES CUENTOS

por

JOSE MARIA SANCHEZ

* * *

Suscríbase a la
"Biblioteca Selecta"

FITO AGUILERA



Los novelistas son los llamados a transmitir los grandes mensajes humanos y aparecen generalmente en los períodos de madurez de la cultura de los pueblos. Son los portavoces del espíritu, los grandes mensajeros que en la mayoría de los casos se anticipan al porvenir, los que mejor pintan la realidad desnuda o crean mundos imaginarios que han de convertirse en realidad.

De ahí que nos sintamos halagados cuando encontramos un novelista, sobre todo aquí en Panamá, donde la mayoría de las cosas parece que estuvieran por hacer... Donde la novela, a pesar de la falta de ambiente y la falta de dedicación de los autores, empieza a despuntar con brotes vigorosos.

De todas las maneras de novelar prefiero la realista, aquella que tiende a desentrañar la quintaesencia de los hechos sin perder contacto con lo mágico y lo sublime que hay en cada cosa, ambiente o personaje, sin perder la hebra misteriosa de lo bello que se oculta aún en lo más oscuro, ignaro o negativo de la vida.

Por eso me ha impresionado la obra de Fito Aguilera. Y lo que he dicho hace poco al referirme a su novela "Minutos de una vida vulgar", podría muy bien decirse de todo lo que él ha escrito:

Posee las virtudes propias de un auténtico novelista: poder de captación y de síntesis, agilidad en el lenguaje y un gusto muy personal y ajustado a la estética para seleccionar los detalles, los matices, las palabras de colorido local y las anécdotas.

El interés y una abullición constante de vida mantienen la atención del lector en suspenso, podríamos decir que a duras penas deja tiempo para respirar.

Sabemos que Fito Aguilra con sus actuaciones en la política criolla se ha creado una serie de enemistades... Muy sensible es que se le juzgue o prejuzgue por tales actuaciones y no por su vida de escritor que es lo que dará prestigio a las letras panameñas, cuando se hayan olvidado las otras facetas de la vida de Fito, que por tratarse de un novelista ha debido ser múltiple y llena de contrariedades y de contradicciones. Bien lo expresó ya el gran poeta norteamericano Walt Whitman: "Si me contradigo, es porque llevo multitudes dentro de mí".

Laurencio Gallardo.

NOTA BIOBIBLIOGRAFICA: Nació Fito Aguilera el 27 de Febrero de 1906 en la ciudad de Panamá. Estudió en el Instituto Nacional. Más tarde se especializó en Artes Gráficas y Periodismo en New York, en Chicago y en la Universidad de Boston donde recibió un curso especial de periodismo. Además de sus cuentos y artículos aparecidos en revistas nacionales y extranjeras, ha publicado "Pasó en Panamá la nueva" (novela), "Minutos de una vida vulgar" (novela), "La Gran Zanja" (folletón) y "Cincuenta millas de homicidad" (antología histórica de la construcción del Canal). Su primera novela, "Pasó en Panamá la nueva", fué llevada a la escena con gran éxito de taquilla. Publicará muy pronto un volumen de cuentos entre los cuales merecen mencionarse "Rodríguez", "El Suicidio de Johnny McLean", y "El Poeta de los Dientes Negros". También prepara un volumen de ensayos sobre la vida política y social de Panamá. Su autor predilecto es John Steinbeck, y sigue muy de cerca el movimiento teatral norteamericano, pues tiene fe en que al teatro panameño se le dará algún día el impulso que necesita para surgir. Es partidario de la literatura realista. A este respecto, nos dice: "Me quejo y me causa pesar que a muchos de mis cuentos se les haya considerado inmorales aun cuando han sido publicados en países como Chile, México, y Cuba, de bien reconocida evolución cultural y literaria".



PANAMA ES UNA TACITA DE ORO

Novela corta inédita
POR FITO AGUILERA

La "chiva" se deslizaba veloz por la carretera central. Sus desgastadas llantas se aplastaban contra el asfalto todavía húmedo por la lluvia de la mañana, y amenazaban estallar debido al excesivo peso que soportaba el vehículo. Era una "chiva" vieja, desvencijada: ostentaba sobre su carrocería descolorida, en letras apenas legibles, el romántico mote de "Amargura de Amor".

En su estrecho espacio se amalgamaban pasajeros y animales en pintoresca promiscuidad mientras el chofer enfundado en un "sweater" deshilachado, hacía esfuerzos por tararear un viejo tango que moría en los labios resecos por la brisa.

Los carros que pasaban en dirección contraria dejaban en los oídos una impresión de zumbido que apagaba momentáneamente el rumor de las voces, el cacarear asustado de las gallinas y el gruñir intermitente de un pequeño cerdo, amarrado a una verde cabeza de plátanos; el animal hacía desesperados e infructuosos esfuerzos por libertarse.

El panorama, iluminado por la débil luz de un sol húmedo que amenazaba extinguirse, no atraía las miradas de nadie. Viajaba a ambos lados de la carretera, en dirección contraria. Y árboles potrereros, montes espesos cercanos y montañas azules en la distancia, bohíos abandonados y caseríos destartalados y resecos, todas las cosas, aparecían, pasaban y desaparecían en la lejanía, mientras la "chiva", avanzaba en heroico empuje vencedor del excesivo peso de los pasajeros y la mercancía.

—¿Cuándo llegaremos a Panamá...?— preguntó una mujercita de tez curtida por el sol, cuyos pies apenas llegaban a tocar el piso del vehículo.

Fué una pregunta general, no dirigida a nadie en particular, que quedó sin contestación. Un campesino, grueso y rosado, sacó de su bolsillo un tremendo reloj de números enormes y clavó la mirada en la esfera, cubierta por un vidrio amarillento atravesado por un sucio esparadrapo que unía una vieja rotura. Satisfecho de la hora, guardó el cronómetro y comenzó

a arreglar por centésima vez los tomates que en dos latas rebosantes apretaba entre sus piernas.

—¿Qué hora tiene, señor...? volvió a preguntar la mujercita que parecía dispuesta, a todo trance, a iniciar una conversación.

—Son las diez en punto, señora...— contestó el campesino amablemente.

—¿A qué hora cree usted que llegaremos...?

—No debe faltar mucho... ¡Figúrese usted...! Y yo que tengo que llegar al hospital pronto porque me van a sacar el "apendicitis"...

Y la pequeña mujercita se apretó el vientre con ambas manos haciendo al mismo tiempo un gesto de dolor no muy convincente.

Los ocho pasajeros de la "chiva" en hileras de a cuatro, sentados los unos frente a los otros iniciaban cortas conversaciones entre sí. Un hombre largo, de apretado pelo color ladrillo, y un muchachote de cara achatada y ojos oblicuos que parecían sonreír eternamente, dormitaban con las cabezas echadas hacia atrás, reclinadas en el respaldo de los asientos.

El último en la hilera de la derecha era un joven de unos dieciocho años, moreno, de finas facciones y decentemente vestido. Desde su asiento miraba hacia atrás como si observara con pena el camino que se deslizaba cual una cinta bajo las aplastantes ruedas del vehículo. Fumaba sin cesar, prendiendo un cigarrillo tras otro, chupándolos desaforadamente hasta casi quemarse los labios.

Una señora de gruesas caderas y de rostro apacible levantó la voz por sobre el ruido reinante:

—Oiga chofer...— gritó desde su puesto, casi al

del vehículo— ¿usted cree que podremos pasar el “ferry” enseguida...?

—Yo no sé, señora— respondió el chofer en alta voz sin volver la cabeza; todo depende de que el “ferry” esté en ésta o la otra orilla...

—Sí... yo comprendo... Dios quiera que esté “deste” lado — suspiró la señora moviendo la cadera hacia un lado y hacia el otro como para acomodarse mejor.

—Es una verdadera historia este “ferry”— dijo el tipo de apariencia campesina que había sacado el reloj — Yo no sé por qué el Gobierno no construye un puente.

—¿El Gobierno?... Já... Já... — rió el chofer que hablaba sin apartar la vista del camino— Eso cuesta mucha plata... Y además son los gringos los que tienen que hacer el puente porque el “ferry” queda en la Zona...

—Y ¿qué...?— interrumpió súbitamente el joven al extremo del asiento apartando por primera vez la mirada del paisaje que se hundía en la distancia— De todas maneras este es territorio panameño, quíéránlo los gringos o no, y el Gobierno debiera hacer un sacrificio y hacer el puente para probar de esta manera nuestro derecho a.....

—A mi no me importa quien *loaga* con tal de que *loagun*— observó la señora caderona— porque eso de esperar media hora para pasar de un lado a otro es una calamidad.....

—Es una verdadera joroba...— reafirmó el campesino del reloj.

La conversación se generalizó entonces sobre el tó-

pico del puente; unos argüían desde un punto de vista sentimental y patriótico y otros únicamente desde el punto de vista de lo conveniente de esa construcción para el tránsito de los automóviles que hacen el recorrido de la Capital al interior y viceversa.

Francisco fue el único que sin estar dormido como el tipo de color ladrillo y el muchacho de cara achatada, no tomó parte en la conversación. Con la mirada fija en el piso de la “chiva”, acurrucado como una bestia asustada contra un rincón del vehículo, su mente se hallaba lejos, allá en el pueblecito que había abandonado y del cual nunca antes había puesto pie afuera.

Había entrado en la “Amargura de Amor” y se sentía instalado en su puesto desde un principio y casi no se dió cuenta de cuando partió hacia Panamá, esa ciudad que él tanto había oído mencionar y la cual no conocía.

Un sombrero de paja, una camisilla de zaraza, unos toscos y raídos pantalones y un par de chinelas terriblemente maltratadas, constituían toda su indumentaria. Debajo del brazo, envuelto en un papel, su fiel y viejo machete y en el bolsillo, doce pesos plata, producto de la venta de varias de sus gallinas.

Así, en esa forma y con ese capital, un poco asustado de su determinación, pero resuelto a perderse y si posible era, olvidar su infortunio en las calles de la ciudad, Francisco se acercaba al punto de su destino.

En su pecho sentía la feroz mordida del desengaño y su mente nada desarrollada, casi primitiva, hacía un esfuerzo generoso para olvidar la venganza que le

pedían sus sentidos. La elucubración de su cerebro era lenta y las ideas cedían unas a las otras, casi con trabajo, desalojadas a la fuerza. Una, sin embargo, se le había clavado como una garra, permanecía en él: Francisco veía nuevamente, como si lo tuviera ante sí, lo ocurrido: a Micaela, a Don Manuel, a Toñito....

Mientras tanto, la “chiva” seguía avanzando valiente, aplastada bajo el peso de la carga, acercándose cada vez más al “ferry”, desesperación de los viajeros apurados.

¿Qué podía haber acontecido en la simple existencia de este hombre bueno, que nunca le había pedido nada a la vida y cuya única ambición había sido ganarse unos cuantos pesos e irlos acumulando poco a poco “para comprarse un terrenito”, para hacerlo brotar en frutos abonados por el sudor tibio de su frente...?

Todo sucedió tan inesperadamente que la evidencia desconcertante del cuadro lo inmovilizó. Después, su inmanente bondad lo atajó en su designio, que sí lo tuvo, de matar. No hizo nada, sin embargo, y no porque fuera cobarde, porque pruebas de su coraje las señalaban en sus rostros tres o cuatro machos del poblado en anchas cicatrices perpetradas por su machete. Siempre lo alzó para la defensa, en las juntas, en las cantinas, en las riñas de gallos, cuando el licor alentaba al desafío.

Pero ahora lo ocurrido era diferente.

Casi siempre, después de la faena, su mujer, Micaela, se le rendía sumisa. Y el maridaje animal se realizaba cada noche lo mismo, sin emoción alguna, sin caricias, sin frases de pasión.

Ultimamente, por causa de la zafra, él regresaba generalmente tarde.

Aquella noche había salido temprano del cañaveral y aunque había caminado despacio por el camino de tierra las seis millas que lo separaban de su hogar, llegó al bohío una hora antes de lo acostumbrado.

Era evidente que ellos no lo esperaban, pues aunque Pucho lo salió a recibir batiendo al aire su rabillo raquíto, no se habían enterado. Francisco abrió la puerta medio ajustada, y, a la luz de la vieja lámpara de kerosín sorprendió a su mujer y al hijo del patrón. Este notó a Francisco, y, dando un salto, salió por la ventana y fué a perderse en la obscuridad de la noche.

Micaela, sentada en el jergón, miraba a su marido con ojos de miedo. Se acomodó la ropa e instintivamente miró hacia la puerta.

—No me agái náa, Francisco...—suplicó la mujer estremeciéndose al impacto de los plateados reflejos del machete que la retrataba como un espejo.—No me agái náa... Vos no sabeí lo que pasa... No me mateí, Francisco...

Sus labios comenzaron a moverse rítmicamente al paso de una oración... Después de un ominoso silencio en el cual el frío de la tragedia se coló por la puerta, Francisco avanzó hacia un rincón de la estancia sentándose sobre una mugrienta banqueta. Reclinó el machete sobre la pared y despaciosamente comenzó a quitarse las cutarras. Micaela se levantó del jergón y cayó arrodillada frente a él. Y allí entre lágrimas y sollozos, mientras sus manos duras de uñas destrozadas por el jabón amarillo y las piedras

del río desataban los hilos de cuero de las pantorrillas de Francisco, éste, por boca de ella, supo toda la verdad. Toñito, el hijo del patrón, que había llegado de Panamá a pasar las vacaciones, la había visto lavando en el río. La había seguido hasta la casa, molestándola y “echándole” piropos. De eso hacía ya algunos días. Cuando supo que Francisco, su marido, trabajaba para el padre, Toñito se puso más atrevido y le había solicitado sus favores. Ella se negó, porque era una mujer honrada y no quería desgraciar a su hombre, pero una tarde llegó Toñito y a la fuerza la tumbó sobre el camastro, le desgarró los vestidos y la poseyó furiosamente. A sus gritos él la amenazó con decirle a su padre y al Alcalde del pueblo, que era su tío, una mentira. Meterían a Francisco en la cárcel, perdería el trabajo y a ella la botarían de allí por enseñarle a menores de edad cosas inmorales. Perderían el bohío y ambos quedarían en la mayor miseria. Por eso ella cedió... y siguió cediendo...

Toñito llegaba siempre temprano en las tardes, pero ese día había llegado más atrasado y Francisco más temprano y éste los había sorprendido.

Francisco la oyó sin interrumpirla, y se acostó sin decirle nada, ni que la perdonaba, ni que le reprochaba lo hecho. Pero apenas acostado, se levantó nuevamente, agarró su machete, caminó media milla bajo el cielo estrellado hasta la casa de su compadre Tomás y dejó allí el arma. Regresó lentamente y ya, alejado de la tentación, se acostó al lado de su mujer y se durmió con el pesado sueño de los hombres telúricos. Y se quejaba, como si tuviera una enorme piedra sobre el pecho.

Al día siguiente se levantó temprano. Comenzó a vestirse mientras contemplaba a su mujer, dormida apaciblemente sobre un costado. Se desayunó como siempre, con una jarra de café negro y un pedazo de tortilla sucia de ceniza y miró alrededor buscando su arma. Recordó haberla llevado la noche anterior a casa de su compadre y hacia allá se fué a buscarla para seguir después hacia el cañaveral inmenso y comenzar de nuevo a descargar golpes certeros sobre los dulces troncos de las cañas.

Con su machete a la cintura se dirigió a su labor por un caminito de arriera que acortaba la distancia. Así y todo iba a llegar tarde... Pero la sombra de los árboles que atajaban los débiles rayos de un sol que comenzaba, el musical murmullo del río que se deslizaba a corta distancia, la yerba húmeda aún por el rocío, invitaban al descanso y a la contemplación y Francisco, cuyo espíritu dormido por años parecía haber despertado al impacto de la realidad, se echó como una bestia cansada, no sobre la yerba sino sobre la tierra, morena como su carne tostada por el sol de cada año. Sentía unas ganas inmensas de llorar, pero como los machos no lloran, Francisco no lloró. Sacó en cambio, del bolsillo de su blusa la pipa quebrada y apastosa rellena de tabaco quemado y trató de prenderla, chupando con rabia, sin resultado. Desalentado guardó los fósforos y la pipa y se estiró a lo largo, cara al cielo, en donde unas nubes inmóviles ocultaban en parte el azul claro del firmamento.

Pensó en Micaela. Instintivamente apretó la cacha de concha de su machete y sus dedos se deslizaron casi eróticamente por la fría y reluciente superfi-

cie de su hoja que se había enterrado en el tallo azucarado de las cañas y en la carne palpitante de sus enemigos y se había bañado en savia de arbustos y sangre tibia.

Micaela..., su machete...! Pero ¿tendría el ánimo suficiente para levantar el brazo armado y dejarlo caer con fuerza sobre el cuello de su mujer...? Lo partiría limpiamente (como partía los tallos de las cañas de los cañaverales) y se cobraría de esa manera la deuda que ella le debía a su hombría.

A Toñito...? No, no se atrevía... Y le parecía un sacrilegio pensar siquiera en dogollar al hijo de su patrón... No, aunque hubiera retozado una y mil veces con su mujer...

El sol se elevaba cada vez más en el espacio y Francisco para evitar un regaño de Goyo, el capataz, se levantó y comenzó a caminar en dirección al cañaveral, mientras el pesado machete, como un péndulo, se movía rítmicamente colgado de su cintura.

Al día siguiente lo mandó a llamar el patrón. Francisco se acercó huraño y sombrío al bello chalet de Don Manuel. Apenas lo conocía a pesar de estar trabajando para él hacía varios años. Sabía, sí, que Don Manuel era riquísimo, influyente con las autoridades y padrino de casi todos los muchachos del pueblo. Recordaba también que para época de elecciones Don Manuel se tornaba muy generoso, les regalaba a todos botellas de seco y les quitaba eso que llamaban cédula. Era hermano del Alcalde del pueblo y decían las “malas lenguas” que tenía preñadas a más de media docena de mozuelas del lugar. En los días de fiesta toreaba toros en la Plaza de la iglesia y el

día de la Independencia traía de la Capital fuegos artificiales que hacía explotar por la noche en la Plaza del mercado.

Para qué lo había mandado buscar, no lo comprendía Francisco. Fué cierto que el día anterior había llegado retrasado a su trabajo pero el capataz lo había hecho quedarse al fin de la tarea tres horas más para reponer el tiempo que había perdido. Y si se trataba de lo de Toñito con su mujer, él no le había hecho nada al jovencito, pues la sorpresa y el estupor de lo que había visto y la rápida huída del imberbe burlador lo dejaron como petrificado.

Don Manuel lo recibió en la puerta de la casa poniéndole una mano afectuosamente sobre el hombro:

—Tu nombre es Francisco no?... Francisco... Valdivia, si mal no recuerdo. ¿Cuánto tiempo tienes de estar cortando caña para mí...?

—Nueve años, señor...—respondió Francisco humildemente.

—Nueve años... Anjá... Y ganas?

—Ocho reales diarios, señor.

—Ocho reales... Anjá...—continuó Don Antonio con un tono artificial de intimidad y comprensión. Ocho reales... Pues bien, Francisco, mira, desde mañana comenzarás a ganar un peso plata por día y si las cosas cambian... si las cosas cambian pronto te aumentaré a doce reales diarios. ¿Qué dices, Francisco?

A pesar de su bondad de hombre de campo, apegado a la tierra como una bestia de labor, sin esperanza de una redención económica que su espíritu abotagado no acertaba a reclamar, Francisco compren-

dió que en la súbita oferta de su patrón se encerraba algo..., algo que él no podía definir, pero que atentaba contra esa dignidad inmanente del ser humano que por el sólo hecho de serlo adquiere ciertos derechos inalienables.

Sin acertar a contestar la pregunta de Don Manuel, Francisco comenzó a dar vueltas entre sus manos a su amplio sombrero de paja pintada.

Don Manuel sonrió:

—¿No me das las gracias, Francisco?... Bien... Yo comprendo que te he sorprendido y que debes estar emocionado. Pero tú ves, Francisco, esto lo hago porque a mí me gusta ayudar a los peones que se portan bien conmigo. Tú eres un hombre trabajador y bueno... Otra cosa quería decirte, Francisco...

Don Manuel titubeó por unos instantes, buscando la forma más diplomática de llegar al punto que deseaba. "Hasta a estos imbéciles montunos hay que saber tratarlos y no se puede herir brutalmente sus sentimientos..." pensaba.

—Toñito me ha contado—dijo al fin resueltamente Don Manuel— lo que pasó entre... tú mujer y él.. Son una grilla estos muchachos...! Pero no le des importancia a eso, Francisco. Eso no es nada.... ¿Comprendes...? Chiquilladas... sólo chiquilladas y es mejor por lo tanto que estas cosas se olviden. ¿Qué dices, Francisco?

—Yo nada, señor...—contestó el peón sintiendo en el pecho el principio de una angustia— yo nada, señor... sólo que lo vide...

—Sí, Francisco...—prosiguió Don Manuel algo nervioso— yo sé... pero como te he dicho es preciso

que no pienses más en eso... Todos nosotros cuando muchachos hemos hecho algo parecido... Toñito me dice que teme que tú le hagas algo... ¿Dónde está tu machete...?

Don Manuel acababa de notar que de la cintura del peón no colgaba su largo y afilado instrumento de labor.

—Lo dejé en casa...—murmuró Francisco con los ojos clavados en el suelo.

Don Manuel se rascó la cabeza y puso término a la conversación:

—Bien, Francisco, eso es todo por ahora... Tú eres un buen hombre y no creo que vayas a desgraciarte por tan poca cosa... es decir... por algo que puede olvidarse... Espero que no intentes nada contra mi hijo. De lo contrario tendré que tomar medidas que te van a pesar... Lo primero que haré será armar a mi hijo con mi revólver y lo más probable es que te mate impunemente. Tú sabes que podría hacerlo si quisiera...

—Sí, señor—contestó Francisco sin levantar la vista.

—Está bien. Anda... vete, y acuérdate de lo que te he dicho...

Y Don Manuel se retiró hacia el interior de su lujoso chalet, mientras Francisco, desorientado por el chaparrón de palabras que su patrón había derramado sobre él, se dirigió a su bohío arrastrando los pies por el polvoriento camino de la carretera central.

* * *

Toñito no quedó satisfecho con las noticias que le dió su padre. Insistió en que Francisco lo mata-

ría en cualquier momento porque, decía, “estos montunos, papá, son vengativos”. Lo mejor, volvía a decir, era que Don Antonio lo botara del trabajo y que su tío, el Alcalde, le hiciera abandonar el pueblo.

Y así sucedió, porque Toñito, que era cobarde pero muy inteligente, supo usar su don de persuasión a maravilla y llegó a convencer a su padre de que esa preciosa cabeza de su hijo se hallaba en inminente peligro de ser cercenada por la fina hoja del machete de Francisco.

El “peligroso montuno” fue llamado nuevamente por don Manuel y en presencia del Alcalde se le dijo que quedaba despedido y que, por haber proferido “públicamente” amenazas contra la vida del hijo de su patrón, debía abandonar el pueblo, so pena de ir a la cárcel. Francisco protestó, (lo hacía por primera vez en su vida en presencia de su patrón y ante la torva mirada de la autoridad) pero su protesta no encontró eco ni cambió la inexorable decisión de los hermanos. Francisco debía abandonar el pueblo al día siguiente y no volver por esos contornos...

Y Francisco, de vuelta a su hogar, con lágrimas en los ojos, recogió sus cosillas, vendió unas gallinas y sin decirle una palabra a su mujer, ni de reproche ni de cariño, tomó pasaje en la “Amargura de Amor” mientras “Pucho”, el perrito calungo, lo despedía agitando al aire la negra y puntiaguda lombriz de su rabillo.

* * *

Por fin, después de más de dos horas de bregar valientemente con su carga la “chiva” llegó al ferry, ocupó su turno y ya en la otra orilla se dirigió resuel-

tamente hacia Panamá: llegó unos minutos más tarde al Mercado público, en donde los pasajeros abandonaron el vehículo, sacaron sus respectivas cargas y pagaron su pasaje. Francisco se encontró un poco desorientado y sin saber a donde ir. Se quedó asombrado del enorme tránsito, del tráfico comercial, de las personas que pasaban a su lado, de toda esa heterogeneidad de cosas desconocidas hasta entonces para él. Sintió hambre y entró a un fonducho lleno de comensales y de moscas y después de hartarse de sopas de pescado se dirigió calle arriba y se perdió, como una extraña sombra, entre la multitud que cubría las aceras.

* * *

Así pasaron días interminables para Francisco. Comió en fonduchos, durmió por los barrios del Chorri-
llo y el Marañón en camastros mugrientos. Buscó incesantemente... Había pasado una semana y el dinero cada vez se hacía más pequeñito, como una torta de maíz a la que se van dando mordiscos.

Para salvar unos cuantos centavos Francisco hizo su cama sobre la multicolor superficie de los mosaicos en los amplios zaguanes de las casas de "adentro", en la fina arena de la playa debajo de los carcomidos pilares de la "Marina" y en los kioskos de las plazas públicas. Dormía con el machete, que parecía ocupar el lugar dejado vacante por Micaela, y despertaba temprano, siempre temeroso de que lo encontraran y que lo tomaran por un malhechor en acecho.

Una mañana se dirigió al Palacio de Gobierno en donde un alma caritativa le había dicho, estaban enrolando obreros para trabajar en las carreteras en cons-

trucción. Caminaba apresurado para llegar pronto, preguntando en el trayecto la dirección exacta, pues no sabía leer y los letreros no tenían significación alguna para él. Por fin, después de caminar por mucho tiempo, llegó frente a la blanca estructura dentro de cuyas paredes una burocracia semi-eficiente estimulaba la función biológica de la Administración.

Entró medio asustado al amplio vestíbulo. Se sentía fuera de lugar y se daba cuenta de que su indumentaria humilde y sucia llamaba la atención. Sorprendió varios gestos de desagrado y miradas recelosas de los busca-lavida que esperaban su ración paseándose impacientes a lo largo del vestíbulo. Haciendo de tripas corazón, Francisco se acercó a uno de ellos y preguntó, sombrero en mano, humildemente, dónde "era que daban trabajo".

—¿Que dan trabajo... —repitió el interpelado haciendo evidentemente un supremo esfuerzo por entender.—Debe ser en la Sección de Trabajo. Suba al tercer piso y allí le dirán.

Francisco llegó al tercer piso por las escaleras de mármol. Allí se encontró con otra compacta humanidad que animaba los pasillos. Se abrió paso por entre los buscadores de pases de ferrocarril, de sinécuras, poseedores en su mayoría de cartas de recomendación. Llegó a un salón cubierto de escritorios y empleados. Uno de estos al ver la extraña aparición saltó de su asiento en lo que fué talvez un heroico gesto de librar a sus compañeros de una contaminación de miseria y se encaró con el intruso.

—¿Qué desea, buen hombre...?—preguntó el empleadillo haciendo énfasis en el noble término.

Francisco sonrió y una pequeña esperanza, muy pequeña, se prendió en su alma atormentada.

—Perdone, señor...—dijo el desterrado dándole vueltas al sombrero entre las manos— ¿podía usted decirme dónde es que dan trabajo...?

—¿Qué clase de trabajo...?

Francisco vaciló.

—Trabajo, señor... Trabajo.

—Bien...—resolvió el empleadillo dándose tono. Supongo que usted querrá trabajar en las carreteras.

—Si señor... En las carreteras...

—Tiene usted tarjeta del 'partido'...?

—¿Del "Partido", señor...?

—Sí, del "Partido"... del "Partido". ¿No sabe usted que tiene que tener tarjeta del "Partido"...?

—No señor...

—Pues váyalo sabiendo. Sin tarjeta no hay trabajo. ¿Cómo sabríamos si es usted copartidario...? Afíliese al Partido, obtenga una tarjeta de identificación y firme una carta de adhesión política y entonces se viene por acá y quedará usted trabajando en un santiamén. ¿Me entiende...?

Francisco dijo que sí con la cabeza, sin haber entendido ninguna de esas palabras tan difíciles que acababa de oír. Y habiendo virado el empleadillo la espalda después de la inteligente lección de política criolla que gratuitamente había servido a Francisco y que lo revelaba como una posibilidad inteligente para la política del futuro, Francisco no tuvo más remedio que bajar las escaleras y volver a transitar por las calles desconocidas repletas de público indiferente.

Le dolían las piernas, lo mismo que cuando subía

la loma de "Las Piedras Blancas" allá cerca del río y se sentía fatigado y jadeante cuando llegaba a la cumbre desolada y árida. Sentía una sed inmensa y un hambre atroz; y al pasar por el parque de Catedral en donde un tropel de niños "bien" revoloteaban cual mariposas, se desplomó como un tronco cortado en una banca generosa pintada de verde.

Y allí, silenciosamente, sin que nadie lo viera, Francisco aunque los machos no lo hacían, lloró, pero lloró con decoro, con lágrimas candentes y gruesas que se deslizaron por sus mejillas tostadas y fueron a hacer un charco, diminuto, sobre los mosaicos multicolores del parque. Y aunque se dió cuenta de su debilidad, Francisco no se avergonzó, porque una cosa era llorar en su campo, cerca de la tierra morena, rodeado del monte agreste y entre gente conocida y otra llorar en una ciudad en donde nadie lo miraba siquiera y en donde su figura maltrecha inspiró más de una sonrisa.

* * *

Son las once de la noche. La ciudad dormita a medias y por los lados del terraplén del Javillo, cerca del paredón de cemento que sirve de muralla al mar, las sombras de los amantes parecen acechar el momento propicio para las caricias. Los automóviles pasan raudos y sus "brights" barren la profundidad de las calles y las fachadas de los edificios dormidos. Una brisa marina, olorosa a marisco, impregna el ambiente.

Francisco lentamente se va acercando a la muralla. Prensado por su sobaco sudoroso, envuelto en un papel de periódico lleva su machete. El viento agita

como una bandera su camisilla de zaraza y el tosco pantalón se le pega a las piernas como polainas de lona.

Francisco mira hacia el mar. Al resplandor exiguo de las estrellas percibe los bultos de los barcos pesqueros y a ambos lados, en un semi-círculo luminoso, el resto de la ciudad, que extiende en amor fecundo sus dos brazos hacia el horizonte.

Francisco mira a lo lejos, hacia la izquierda. En sus ojos se reflejan los fulgores mortecinos del terraplén del Hospital Santo Tomás, que en la distancia parecen cirios moribundos.

Después vuelve Francisco la cabeza a la derecha. Las luces están más cerca. La Presidencia, el Club Unión, La Salle... Y nuevamente el mar que se agita espasmódicamente bajo el beso de una luna que apenas se inicia.

Francisco se resuelve. Sus manos agarran el machete que se desprende del papel. Con mano firme lo aferra por la empuñadura y lo blande en el aire. La luz de las estrellas lo hace brillar un instante antes de que la fina hoja penetre con golpe seco, maestro, en su carne palpitante. La yugular, abierta en dos como una calle, dispara dos chorros disímiles de sangre. Francisco se dobla en los estertores de la agonía y, con el machete todavía prendido de la herida, dando una voltereta de juglar, cae sobre las piedras de la playa, apenas cubiertas por la marea creciente. Sus ojos apagados, en un reproche mudo, se clavan angustiados en las luces de la ciudad, hacia la derecha. Los faroles de la terraza del Club Unión, en el milagro de esa noche serena y fastidiosa, quieren competir con las

estrellas...

* * *

En esa misma terraza del Club Unión y en ese mismo instante, Toñito, el hijo de Don Manuel, celebraba con un baile su partida para los Estados Unidos en donde continuaría estudios superiores. Rodeado de un grupo de amiguitos, con aire de conquistador en ciernes, narraba su última aventura:

—Era una real hembra, aunque algo viejona para mí... Me costó algo de trabajo, es verdad, pero al fin la conseguí...

—¿Y el marido...? preguntó un interesado.

—Lo hice venir a Panamá... Era un pobre hombre... En cambio, ella... ¡Qué maravilla de hembra!... Sin embargo, fué una aventura corta... Al fin y al cabo todo eso nos aburre...

—Y no crees que ese pobre hombre, aquí sin conocer a nadie se muera de hambre?

—Já, Já...! —rió Toñito mientras iniciaba la marcha. Aquí nadie se muere de hambre... Panamá es una tacita de oro... Vamos a la cantina a tomar nos un trago. Yo pago...



FIALHO D'ALMEIDA

La prosa portuguesa alcanza, a fines del Siglo XIX, su más alta expresión con escritores como Castello Branco, Eca de Queiroz, Ramalho Ortigao, Gomez Coelho, Texeira de Queiroz y Fialho D'Almeida.

Este último, quizá el menos mimado de la fortuna, nos describe su vida de amargado y sempiterno misántropo en "La tragedia de un hombre de genio oscuro" y en su Autobiografía, páginas llenas de cruel escepticismo y de mordaz ironía.

Refiriéndose a Fialho, González-Blanco ha dicho: "Desde el año 1857 en que nació, hasta el año 1912 en que murió, puede resumirse su vida en esta frase: fué un continuo padecer..."

Nació en un rinconcito del Alentejo, Villa de Fraões, de familia humildísima. Su padre era maestro de escuela, "tipo de santo austero con un alma de soñador siempre callado, según frase de Fialho.

Comenzó sus estudios en el Colegio Europeo, de Lisboa; pero, por falta de recursos, vióse obligado a abandonarlos. Y para subsistir se colocó de ayudante en una botica en la que estuvo practicamente sepultado durante siete años no aspirando más aire que el que se desprendía de los emplastos y ungüentos. La botica —como él mismo refiere— lo hizo entrar en contacto con el pueblo y le mostió la existencia de los barrios pobres.

Después de mil esfuerzos, logró al fin terminar el bachillerato e iba a matricularse en la Escuela Politécnica cuando el fallecimiento de su padre lo obligó a des-cuidar este proyecto para acudir al bienestar de los suyos.

En lucha pertinaz con la miseria, terminó sus estudios de medicina, pero en vez de ejercerla, cometió —como él dice— la tontería de consagrarse a las letras. Vivía dando lecciones y escribiendo en las revistas de la época. De esos tiempos de polemista y

planfетario violento, —dice González-Blanco, “nos restan **OS GATOS** que nacieron en Fialho por un deseo de emular **AS FARPAS** de Ramalho Ortigao y Eca de Queiroz”. **LOS GATOS** subsistieron desde 1889 hasta 1894, y en sus páginas, según refiere el crítico mencionado, “se pueden recoger todos los aspectos de la sociedad portuguesa: los escándalos del alto mundo, los cohechos de la política, los crímenes de la literatura, los esperpentos del arte...” Y luego agrega: “por eso no se concibe bien la pasión de los portugueses por Fialho y su resquemor por Eca, cuando a ratos, aquel fué más duro que éste con sus compatriotas...”

A parte de sus muchos artículos de crítica y polémica, publicó Fialho D'Almeida cuatro volúmenes de novelas cortas que son obras maestras de la literatura portuguesa contemporánea. He aquí los títulos de estos cuatro volúmenes: **Cuentos** (1881), **La Ciudad del Vicio** (1882), **El País de las Uvas** (1893) y **En la esquina** (1903).

El cuento del arriero y del diablo que publica hoy la Biblioteca Selecta pertenece al volumen **El País de las Uvas**. Merecen mencionarse con especialidad cuentos soberbios como **El Funámbulo de mármol**, **Comida en el molino**, **Los Novillos**, **El Hijo**, **La Princesita de las rosas** y **Mater Dolorosa**.

“Como cuentista —dice González-Blanco—, Fialho es sin duda el Maupassant portugués, que en colorida expresión representa personajes a los cuales da una vitalidad admirable y reproduce con relieve máximo paisajes de la ciudad y del campo”.

R. S.





CUENTO DEL ARRIERO Y DEL DIABLO

por FIALHO D'ALMEIDA

A mitad del valle, entre viñas y maizales, ponía el convento su nota de caliza blanca y joviales repiques de campanas; y por la primavera todo eran novenas, procesiones alrededor de los muros, misas cantadas y primeras comuniones de doncellas. Cuando salían las beatas escondidas en sus capuchas, voces de novicias echábanles cantigas desde los ventanillos de las celdas. Por detrás de las rejas ascéticas, junto a los portillos

de la cerca, había siempre, por aquí y por allá, frailecitos confesando a alguna pecadora guapetona, amables penitentes que se dejaban guiar por ellos a las penumbras de las capillas y a las rejas de los confesionarios; y, finalmente, suspiros, que diríais mejor arrullos de palomos, mezclándose a los susurros de los rezos y a las preguntas de la confesión. Tan sonriente era el convento, que el pueblo cercano, al margen de un barranco con grandes chopos y hayas perfiladas, reflejaba un tanto su gracia rolliza, pareciendo que en la prosperidad agrícola de las tierras y en la multiplicación de los hijos en las casas andaba el sortilegio de los buenos capuchinos que moraban allí. También es verdad que en ningún rincón cristiano hubo frailes tan queridos y maridos tan completamente descansados: habiendo alguno, sin hijos, que, cuando marchaba a otras tierras, venía a encontrar, a su vuelta, el tálamo bullendo de niños gordos y coloraditos, que jugaban por aquellas calles a las procesiones, haciendo cruces y otros místicos dibujos en las paredes frescas de las huertas.

Sin embargo, no todos eran así, de buenas tragaderas...: el arriero, sin ir más lejos, al cual, como buen trabajador, rudo y leal, le gustaban poco las historias picarescas de puertas adentro. Habíase casado por amor, en Villa Ruiva, habiendo enamorado a la novia cuando pasaba todas las semanas por delante de su puerta con los machos cargados de vino de mucho alcohol. Y desde el primer día su deseo había sido ver brotar un hijo del vientre de aquella guapa moza, que tanto tiempo le había costado conquistar. ¡Pero iba ya para cuatro años!... y aquí sus-

piraba el desgraciado, por no tener noticias ni recados de la condesita encargada a Francia.

Había un fraile en el convento...

Y, a bien decir, la esterilidad del hogar afligía tanto a la mujer como a su marido, hasta el punto de que aquella se ponía a recordar, en ausencia del arriero, todas las robusteces de hombres que podían haberla hecho fecunda, y, además de fecunda, eterna, a través de una larga y provechosa maternidad.

Pero había un fraile en el convento...

Ignoraba el arriero cuál fuese, no sospechando ni por sombras que Dorotea pusiese los ojos en otro macho; celoso, sin embargo, viéndola fría en sus brazos, todo era desesperarse, presintiendo una sombra agorera entre los dos cuerpos. Así, el infeliz se marchó aquella mañana, apenas salido el sol, detrás de las mulas cargadas, moliendo la paciencia de la mujer, como tenía por costumbre, con las súplicas de su pobre alma sangrando dudas. Era primavera, las savias hervían flores al menor pretexto, en vallados, montes y llanuras.

Había un fraile en el convento...

Y por todas partes pasiones y nidos, besos esparcidos, corolas fértiles y mariposas comiéndose a besos en los cálices, como en minúsculas alcobas perfumadas. ¡Un fraile! Mundos en esbozo, microscópicos y activos populachos, repúblicas de margaritas, confederaciones de romero, verbenas de rosas, *ménages* de violetas. ¡Oh, qué alegría! Poner los ojos en un pedazo de valle, rayo de sol, gusano de tierra o gota de agua era sentir el alma propensa a la imitación de esos sonrientes amores que brotaban del césped, de la

luz y de las vibraciones de las alas y de las hojas.
¡Un fraile, sí!

Hasta el punto de que, al pasar por el crucero, le pareció al arriero que las campanas se burlaban.

—*¡Tres! ¡Tres!* — decía apresuradamente una campanita, y la cháchara de las otras.

—*¡Dilín! ¡Dilín!*—*¡Dilín! ¡Dilín!*—respondían en seguida en confusión.

Iba a quitarse el sombrero, para encomendar a San Gonzalo su honra de marido. Y la estúpida campana—*¡Tres!.. ¡Tres!*—con tamaña muestra de mofa, que el pobre se quedó un tanto aplanado.

—¿En mi casa *tres*? ¡eso nunca! Dos es bastante, ya que no quiso aparecer el chico.

—*¡Tres! ¡Tres! ¡Tres!*—*¡Tres! ¡Tres! ¡Tres!*

—Tres diablos te lleven, mal rayo te parta—gritó él, mientras las voces de bronce charlaban en el aire el *¡Dilín ¡Dilín!* Furioso el arriero, se encasquetó el sombrero hasta las orejas.

—Pues ya que la iglesia se burla de mí, encomiendo al diablo la guarda de mi mujer. ¿Lo oyes, demonio?

Surgió en la encrucijada un caballero, grande, de barba roja y espuelas flameantes, sobre un gran caballo cubierto de espuma y crines formidables. Su porte era aristocrático; la risa, de cínico; los ojos, de granuja. Y bajo la gorra, con pluma bermeja, uníanse las cejas, convergiendo sobre la nariz con un tono de indagación terrible. Traía la capa caída sobre la silla, la daga al cinto, y el brazo al pecho a causa de una caída del cielo, seis mil años antes de que el hombre viese la luz.

Apenas le llamó el arriero, él, pareciendo que salía de la tierra, surgió de entre los sombríos olivos del camino, y, a distancia, parado, se diría que tomaba a cada instante proporciones más gigantescas.

—¡Eh! ¡Eh!—dijo con una formidable risa de réprobo—. Cuando mi colega, el Eterno, desampara a sus clientes, es cuando se acuerdan ellos de acudir a Satanás. Para él todos los frutos buenos de la tierra, y todas las causas perdidas para mí. Y ahí viene éste más. ¿Qué me quieres?

—Encomendar a vuestra alteza a mi mujer, para que me la guarde hasta que yo vuelva de este viaje.

—¿Guardar yo a mujer de arriero? ¡Sería una más a burlarse de mi vigilancia! ¿Dónde vive?

Díjoselo el arriero. Y el diablo, por comentario:

—¡Pues te has lucido! ¡Tienes la mayor bellaca de la población! Bonita, pero ¡que cabra!

—¿Qué? Conque yo... ya...

—No, eso no; pero poco falta.

—¿Hombre que valga la pena?

El diablo se puso a hojear su cuaderno de notas.

—¿Conoces al padre Blas?

—¡Uy, qué granuja! Pues le meto un balazo en los costados.

El diablo, burlándose:

—¡Lo que es eso!

—¡Vaya si se lo meto!

—Porque ese tal Blas es un galopín del Padre Eterno... le trae muchas beatas, mucha misas de diez reales... y, hazte cargo, en estos tiempos descreídos, también hay que tenerles dulce la boca a estos mandatarios. Además, el fraile predica.

—Predica, predica. Pero me parece que no ha de ser por mucho tiempo.

—Ahora bien, el Padre Eterno, como los ministros de tu país, tienen mucho miedo a los oradores.

—Al menos—dijo el arriero, un tanto calmado—, vuestra alteza estará de acuerdo conmigo en que es una bellaquería.

—Espera—dijo el diablo, royéndose las uñas pensativo—. El y yo echamos todas las noches una partida de damas en el terreno neutro del purgatorio.

—¡Bravo!

—El marca con las virtudes, yo con los vicios. Pero, en buena moral, los vicios no se distinguen mucho de las virtudes. Por ejemplo, en el amor, ¿dónde acaba la virtud y dónde comienza el vicio?

—Ahí tiene lo que yo no pude explicar nunca a mi mujer.

—El padre Blas se lo explicará. Así es que el Padre Eterno confunde muchas veces mis marcas con las suyas.

—¿Cómo es eso?

—Y de esta manera entran granujas en el cielo, y biennaventurados en el infierno.

—¡Qué broma!

—Allí estuve yo ayer. San Pedro ni me vió.

—¿Qué le parece aquéllo por allá arriba, señor diablo?

—Pocas comodidades. El infierno es mucho más confortable en tiempo frío.

—En resumen—dijo el arriero—, Vuestras Reales Majestades se entienden.

—Una relación superficial—agregó modestamente

Satanás—. El es todavía poderoso; yo todavía soy astuto. En casos graves, conversamos, y muchas veces consiguió insinuarme... Figúrate que va a poner al Papa en la calle.

—¡Muy bien!

—Pegar fuego a los conventos.

—¡Muy bien!

—Expulsar a los frailes...

El arriero bailaba de júbilo.

—Visto eso y los autos, ¿todo está seguro en manos de vuestra alteza?

—No diré yo tanto.

—Pues ahí está: porque se ven cosas de Dios que parecen del diablo, y cosas del diablo que parecen de Dios. Pero ¿y mi mujer?

—He ahí lo difícil—confesó Satanás—. Porque, al fin y al cabo, si me he vuelto favorito del Creador, tengo que ser bastante prudente para no entremeterme en asuntos íntimos. ¡Y fámulos como el padre Blas tienen su prestigio!

—Ya sé cómo conseguir que vuestra alteza me la vigile—dijo el arriero—. Voy a pedir una carta de recomendación a su íntimo amigo el Padre Eterno.

El diablo se reía como un loco.

—¡Hola! ¿Tienes ingenio? Bueno, pues te la guardaré. Quien bromea, no va al cielo.

—Pues, entonces, me voy con Dios o con el diablo, que viene a ser lo mismo.

—¡El me expulsó!—dijo sordamente el terrible caballero, mostrando el brazo que traía al pecho.

Aquella noche, fray Blas había promteido a la mujer del arriero que iría a cenar con ella. Gallina

a la lumbre, lomo en el asador, arroz en el horno, y, por lo que hacía a empinar el codo, un vinillo tinto y añejo llenando una bota de azumbre, gorda y redonda, que ni la panza del guardián. Por eso el fraile, impaciente, todo era desear que acabase el día. Y el muy tuno, refocilándose con la anticipada idea gozosa de la *cuchipanda*.

Con los tonos morados del sol poniente, dejan los frailes solapadamente el convento, en dirección al pueblo, con la bota a la cintura, la navaja colgando del rosario, y se escabullen ligeros a lo largo de los muros, saltando la tapia y acortando por huertas y trigos, que nadie es capaz de descubrirlos. Es en este tiempo cuando las naranjas son dulces y el vino nuevo comienza a saber bien. Y es cuando ellos van por esas bodegas, hornos de pan, hogueras o cocinas de las buenas comadres, y pasan buenos ratos con las piernas desnudas, sandalias descalzas, levantándose los hábitos mugrientos de salsa y de rapé.

Fray Blas, para dar razón de la escapatoria, encendía muy pronto luz en la celda, junto al mismo ventanillo, y se ponía a orar junto a un cuadro de San Cristóbal, a fin de ser bien visto en aquella actitud suplicante por los que se marchaban a divertirse al pueblo.

—¡Allí está el santo rescatando de la culpa nuestras almas!—decían compungidamente los novicios, ajustándose mejor las botas de vino a la cintura. Y la noche avanzaba; comenzaba a oírse roncar al guardián, y a algún que otro achacoso gemir en el catre cosas que tanto podían ser oraciones como blasfemias. Quitábase entonces fray Blas los hábitos de clausura,

vestía de labriego campesino, con grandes barbas de crin cayéndole terriblemente por el pecho abajo; y ahí lo tenéis que se va a cenar con la señora, a oler el espliego, pimpollo y ligero como muchacho soltero en día de propina.

Pero Satanás, que ya estaba sobre aviso, pudo reunir a sus subalternos. Y el *santito* encorvado entre los olivos silvestres oía al pasar estornudos burlescos.

—¡Ahí va un fraile! ¡Ahí va un fraile!—decían voces gangosas entre las matas. Y bocas sacrílegas le escupían en la calva milagrera. En los recodos de las veredas, grandes barrigas abstractas le daban panzadas.

—¡Ahí va un fraile!

Y había dentaduras blancas que se reían de él (¡ahí va un fraile!) colgadas de las ramas de las retamas. Ojos que le seguían, manos que le pellizcaban.

—¡Ahí va un fraile!

Volvíase el desgraciado; y una multitud de pesadillas, bajando, subiendo, alargando las alas de murciélago, por detrás de él, alrededor suyo neblinas fúnebres arrastrándose, suplicando un rayo de luna, formas confusas, embriones de faunas soterradas... A la puerta del cementerio, un esqueleto le pidió lumbré para encender el cigarro, y, cogiéndole aparte, le recomendó no asistirse a la misa que se disponía a celebrar por su alma un mochuelo. Iba a huir, y ve de repente un camino lleno de sapos gigantescos, marchando en pelotones, con calzones blancos, casaca verde y tricornio.

—¡Ahí va un fraile! ¡Ahí va un fraile!

Había llegado, sin embargo, a la entrada del pueblo, y la gran cena le reconfortaría de aquellos miedos un poco incoherentes. Atraviesa la plaza ya más tranquilo, rodea el viejo puente, trepa por las laderas que van a dar al gran arco de granito negro de las murallas. Pero no bien había llegado a la puerta de ella, cuando ve la calle atestada de gentuza, luces en las puertas y un baile de zapateros y serenatas hidrófobas. Y Dorotea, con su vestido verde y el collar de oro, pañuelo listado al pescuezo, sortija en el dedo y flores en el moño, tocaba un pandero de borlas encarnadas, lanzando miradas adúlteras a los solteros, que le echaban canciones lánguidas.

—¡Ah, sinvergüenza!—decía el padre Blas, con los brazos vueltos hacia arriba—. ¡Y para esto he venido yo de tan lejos!...

Procuró aun vencer la ola de muchedumbre que, de un lado a otro, obstruía la calle, con la idea de meterse en casa, fingiendo que era el marido. Pero ¡qué había de entrar! Tanta era la gente, que hasta por las escaleras de la puerta rebosaba. Y pandereatas, risotadas, cantos... Volvióse al convento con una rabia devoradora de burlado.

—Yo te juro, canalla, que no me vuelves a engañar más. ¡Ah, desvergonzada, mala pécora! ¡Burlarse así de las cosas de Dios!

Pero al día siguiente, muy de mañana, la del arriero que penetra en el atrio del convento, a fin de decir una palabrita al padre Blas.

—¡Ah, grandísima puerca!—gritó furioso el santo, apenas la vió—. Lo que usted necesitaba era una

zurra.

—Vengo aquí dispuesta a que me explique—replicó Dorotea, muy angustiada. Y prosiguió: —Arreglar la cena, esperarlo todo hasta tan tarde, y usted sin enviar noticias ni recado. ¡Ay, qué desgraciada soy!

—¡Sin aparecer, sin aparecer! No mienta, que es peor. Si preparó la cena (a mi costa), fué para regalarse con la gentuza que bailaba y cantaba en su casa. ¡Valiente tonto fuí yo! ¡Debía saberlo!

Ella abría los ojos asombrados.

—¿Que en mi casa había gentuza bailando?... Dispénseme usted, pero está chiflado. O se engañó de puerta. ¡No será por el vino que yo bebí, no!

—¡Mire que la pego!

—¡Conque había gente bailando!... ¡Vaya! ¡Vaya!

—¡Mujer! ¡Mujer! ¡No haga que me pierda!—bufaba el padre, vertiendo el rapé en las piedras del oratorio. Y separando amenazadoramente cada sílaba: —Cuando yo digo que había baile en su casa, es porque lo había. Oigalo y cálese.

—Pues allí le esperé, ingrato, sentada en las escaleras toda la noche. ¿Le gusta el cazón? Diga.

—En caldereta está bueno; puede hacerlo.

Y fray Blas aun le regaló para la cena unas pesetillas.

A la noche siguiente, mostrada la misma austeridad ante el retablo, el padre Blas, apenas los novicios se marcharon, que echa a andar camino de la casa de Dorotea. Por la calleja, gozando de antemano del festín que iba a tener, fué arrepintiéndose de haber tratado con aspereza a mujer tan condescendiente y

frescota. Porque, hablando francamente, dos dedos de vino pueden hacer muy bien que el caballero más perspicaz se equivoque de puerta. Y era natural, teniendo en cuenta la hipótesis, que el baile fuese en casa de otra. Brillábanle los ojos de una lascivia obsesa, evocando la pulpa real de los brazos de ella, los ojos que ponía cuando bebía y la magia suprema de su arroz de pato, que tenía fama diez léguas a la redonda. ¡Ay, qué mujer tan rica! Apenas la encontrase, le pediría perdón, con sonoros besos en sus moletes, tallados en la actitud de quien está soplando siempre alguna trompeta imaginaria. Y mientras tanto, iban pasando setos de pitas, se acababa la calleja y daban las nueve en el ayuntamiento, cuando llegó al arco de las murallas.

Dirigióse de puntillas a la puerta del arriero, con el sombrero sobre los ojos, la barba sujeta con dos cintas de lana por detrás de las orejas, cuando, ya en el portal, da con un difunto en medio de la habitación, amortajado y con muchas velas alrededor, y en el fondo un Santo Cristo sobre una peana, y la calderilla, con un ramo de boj para los asperges de ritual, en una silla.

¡Por vida del diablo!—exclama fray Blas, desesperado—. ¡Sólo a mí me pasa!—Y yo que cubro a aquella desvergonzada de beneficios!... Yo que gasto mi dinero, que me fastidio, que me expongo a un desastre si me ven—, y gesticulando como un poseído: —¡Nada! No soy hombre a quien esa cerda deshonre impunemente. Hay que acabar de una vez. ¡Y pronto!

Buscaba la caja de rapé en todos los bolsillos, con

1
much¹a agitación, sin encontrarla, componiendo mentalmente catilinarias para decirle cuando diese con la mujer:

—Porque ha de saber usted, señora Dorotea, que es un desafuero tener difuntos cuando yo vengo. Todo tiene sus horas. Lo dice Crisóstomo... recapitulaba, furioso —Lo que tú eres bien lo sé yo, ¡grandísima cabra!

Iba ya a cortar por una cancela, hacia las viñas cuando de repente le asaltan cuatro grandes haraganes, armados de estacas, y nunca se vió devanadera con más arte. Imagínense el jaleo que se armó en el convento cuando, a la mañana siguiente(se vió aparecer al santo a hombros de dos frailes, arañado, sangriento como un Cristo, tartamudeando palabras del oficio de difuntos. Tres días y tres noches hubo en las capillas un aluvión de misas y penitencias por intención del insigne padre-maestro, del gran sabio justo, que sabía de memoria las virtudes medicinales de las plantas de la montaña, y a cuyos seráficos éxtasis presidían apariciones de Santa Teresa y de otras matronas cristianas, en trajes de mañana. Y fuese por las preces, fuese por la encarnadura fuerte que tenía, lo cierto es que el apóstol curó pronto de las llagas. Cosa mala nunca muere. Y muy pronto, pudo probar los primeros paseos por bajo del emparrado de la cerca del convento e ir al manantial del bosque a llenar su vasito de agua ferruginosa. El apetito, a Dios gracias, no le faltó nunca; su gota de vino a las comidas. y en cuanto a regalos de chorizos y jamones, ni conseguía ya ocultarlos debajo de la cama, teniendo que mandar algunos, por el amor de Dios, al guardián.

Claro está que mercedes cómo aquéllas las atribuía a San Vicente, al patriarca San Benito, a Nuestra Señora, y, acabados los rezos, por la noche, metíase con el jamón como lobo con cuartos de burro. con sus tragos de vino, hasta ofrecer, ya borracho, los suplicios crueles de aquella vida en amortización de sus pecados., Algunas tentaciones del demonio tenía en la figura de mujer rolliza y blanca, con enaguas llenas de encajes, que se le aparecía tal cual Dorotea, la del arriero. Se revolcaba entonces en un delirio lúgubre, echando mano a los cilicios para castigar los jamones que sobraban y, así golpeado, purificada la carne de cerdo con flagelaciones, horticaba en el suelo, con latines de arrepentimiento, abrazado a un paraguas de algodón. La mujer, por su parte, atemorizada por los remordimientos, todo era arrastrarse por los confesonarios, en busca del protector convaleciente. Y mandarle pollos rellenos, con cartitas en el interior, para que viniese, ¡tan perdida por él estaba!, que ni se le calentaban los pies en la cama...

Al principio, fray Blas fué inexorable...

¡Ya no le engañaba! Y ella, consumida, un día en que estaba la iglesia sin público, pierde del todo la paciencia y se mete en el claustro, sube corriendo las escaleras y cae de repente en la celda de fray Blas. Aterrado por el escándalo, el padre-maestro iba a ordenarle que se marchase.

—¡Lo que es marcharme, no me marchó! ¡Que no me marchó! ¿Conque le espero todas las noches, me desacredito en la vecindad, pesco catarros, y vuestra reverencia sin aparecer! Tiene la gracia de caer enfermo, esos fariseos le martirizan, ¡y no acepta las

hilas que le he mandado para curarse! Ni que yo fuese la última de las últimas, ¿comprende?

El trataba de calmarla, y ella, más alto:

—He oído decir que le abollaron la cabeza a vuestra reverencia. Sólo la de mi marido es tan dura.

—¿Si supiera quién fué el autor de la bromita!...

—El no, que todavía está fuera. Por eso vengo a decirle que esta noche...

—¿Chist! Pueden oír.

—Esta noche seré yo, Dorotea Portas, la que vendrá al convento a tomar un pisco-labis con vuestra reverencia. Arréglese como quiera. Pero es que estoy rabiosa, estoy ofendida, para morirme...

—No ofendas al Señor con malas palabras.

—Saltaré la tapia fuera de horas. Con arreglar escaleras de cuerda y pañuelos bien perfumados de espliego...

—¡Oh, Dorotea! ¡Dorotea Portas de mi alma!

—En cuanto al banquete, aquí le traigo este talego con esas sustanciosas, y la bota. ¡Y veremos quién canta! ¡Hasta la noche!

—¿Hem?—murmuraba el santo, recorriendo la celda a grandes pasos—. ¿Se ha visto nunca mujer tan valerosa como ésta? Ni Judit, ni Salomé, ni la reina de Saba, Marta o María... ¡Lo que es valiente, no se puede negar! Y esta noche viene a escalar el convento. Dejarla venir. Si incurre en pecado, comulgará tres veces por semana.

Largo y moroso le pareció el día en el convento. Despide en el ángulo de la tapia a los novicios lateros, que acostumbraban a cuidarle en sus fallecimientos. Respira hondo, soplando, queriendo cantar, corre, de-

cir a alguien su inesperada felicidad. El breviario le parecía enfadoso, con sus viejas prácticas de pobreza, abstinencia y castidad, y sigue con ojos celosos el libar de las mariposas en la floración de los huertos y trigales. ¡Oh vida libre! ¡Cómo proclaman los pájaros en voz alto el amor bohemio, despreocupados, con el sombrero ladeado, sin indagar si las hembras tienen baile y los maridos dan palizas a los amantes! Mediodía. El campo exhala un rumor tibio y fragante, cantos, risas, disputas, rumores de agua, olores de huerta, golpes de podaderas. Algún cuervo que grazna... y si el evangeliario de seco pergamino ordena que el fraile haga penitencia, el de la naturaleza, iluminado, le dice amorosamente que coma, beba y se divierta. “La vida que ves constituye la más hermosa cara de la medalla. Tendrás el reverso en la otra, entre las rugosidades de las osamentas y los hoyos de las sepulturas. Dios, como los grandes genios, hizo su obra maestra en este único volumen. Los demás libros le quedaron inéditos. ¿Quién no ha leído alguna vez la Bienaventuranza? ¿Quién recorrió las páginas del Infierno? Por tanto, fraile, créeme: no hay nada más allá de lo que estás viendo”.

Y fray Blas, sin descansar, ni comer, ni poder distraerse en parte alguna, contestaba distraídamente a los novicios, pidió dispensa de coro e hizo todas las oraciones de cualquier manera. Aquella noche vióse su celda decorada como un pequeño paraíso: sábanas de hilo nuevo, flores en el reclinatorio, un festín de prelado en la mesa... Por fin, después de las diez, le pareció oír rumor fuera de la tapia, en el sitio en que unos nogales echaban sus ramas hacia la carretera.

Engaño seguro; ¡aun era pronto! Algo que cae en el suelo de la huerta; escucha atentamente, y poco después sentía toser a alguien debajo de la ventana. Echada la escala, pronto apareció el corpachón de la mujer por la ventana de la celda, con formidables desgarrones en la blusa de lana. Entonces sí que hubo abrazos, juramentos de amor y tragos de aguardientes. Fray Blas arrimó dos taburetes a la mesa. Dorotea se quitó la capa; grande alegría, y el santo trasegaba el vino, cortaba el jamón y partía el pan. ¡A cenar! Y expansivo, pretextando calor, se aflojaba la estameña junto al pecho. Púsose ella al otro lado de la mesa, encarnada, satisfecha, y afuera, la noche, enfurrugada, relampagueaba un poco de sarcasmo. Venía de la huerta un aroma de alhelíes y guisantes de olor, discreto, suave, como un rastro de novia, desvaneciéndose en las volutas de la brisa, por el lado del mar. Y, de repente, en la campana grande, un toque. Dorotea, que había puesto camino de la boca una rueda de salchichón, se quedó mirando a fray Blas, muy pálida. El son habíase amplificado, hinchaba vibraciones, y por corredores y arquerías, resonante, iba a llamar a las puertas de las viviendas, reía en los ventanillos y despertaba los campos de la modorra amorosa en que dormían. Otro toque profundo, y otro más caliente, otro frenético...

—Da la hora —dijo fray Blas—; no tengas miedo.

La campana, sin embargo, arrojaba cada vez más, sonidos alarmantes; empezó la gente a recorrer los corredores y claustros. ¿Qué era? ¿Qué era? Levantáronse los frailes; los paralíticos gritaban pidiendo

socorro, y el guardián, medio desnudo, corría llamando a las puertas, aflictísimo. E inundados de horror, él y ella ni se atrevían a deliberar acerca de la naturaleza de la catástrofe. Fray Blas estaba junto a la puerta, escuchando lo que hablaban.

—Llaman al pueblo. Toca a rebato. ¡Es fuego!

—¿Dónde era? ¿Dónde era?

—En la iglesia no es; vengo de allí.

—En la sacristía tampoco; vengo de allí.

—Cocinas, refectorio, todo tranquilo.

—¿La biblioteca?

—Sosegada.

—Pero esta humareda... el resplandor que ilumina el cimborrio... frente por frente.

Y pasaban corriendo las disputas en bocas jadeantes; se oían sandalias; había ruidos bruscos de cerrojos. Cuando, una voz gritó desde el tejado que la humareda salía por debajo de la puerta de fray Blas.

—De prisa, derribenla, que el santo debe de estar asfixiado a estas horas.

—Abra, abra—gritaba desde fuera.

Y él, sosteniendo la puerta de roble, resistía los hachazos que daban por la parte de fuera. Pero en la huerta, por debajo de la ventana, comenzaba, ya a reunirse gente embozada, y Dorotea, desesperada, con el vestido de lana hecho jirones, aún los asustaba más, con el guirigay de lástimas y gritos, hasta el punto de que fray Blas perdió del todo la cabeza. ¡Qué desgracia! ¡Iba a saberlo toda la comunidad!

—¡Cállese! ¡váyase con su marido! ¡váyase al diablo!—decía el padre-maestro, con un deseo terrible de espachurrarla. Y ella, retorciéndose las ma-

nos:

—Dígame por dónde salgo sin que me vean...

—Y yo que sé. Por donde entró. Y de prisa.

—Pero si han quitado la escala.

¡Qué desesperación! La mesa con botellas, viandas a montones, las copas llenas; y ¡ni un palmo de armario donde esconder al demonio de la mujer! La puerta cedía ya a los hachazos de los sitiadores, y todavía ella, con el pie en el aire, se resistía a dar el salto.

—¡Despáchate! No puedo más. La puerta cede. Van a cogernos aquí como a dos perros.

—Está muy alto—decía la desgraciada, sollozando.

Pero soltó, en aquel momento, un grito estridente. Fray Blas la había tirado a la huerta, y la desgraciada acaba de romperse ambas piernas contra las piedras del estanque.

* * *

Al otro día, el arriero que aparece tras las mulas. Venía de humor alegre, con ganas de almorzar y *sau-dades* de la mujer.

Pero aún no había llegado a los olivares, y ya la campanita bellaca delatando: ¡Tres! ¡Tres!—¡Tres! ¡Tres!

Lo que bastó para que inmediatamente se echase la gorra sobre los ojos.

—¡Dilin! ¡Dolón!

¡Qué rabia tenían a aquellas malditas campanas!

Parecióle más sola aquella mañana la encrucijada, con las ramas de los membrillos y los chopos sin verdor, el vetusto puente, bajo cuyos pilares rumoreaba el agua del barranco, las flores de manzanilla y cam-

panillas alfombrando el suelo para una celada; y, allá lejos, en el fondo, a la otra orilla del precipicio,, troncos inclinados, troncos rugosos, troncos confusos, daban al alma trágicos calofríos.

—¿Qué habrá hecho el diablo con mi mujer?

Pero, casualmente, al volver la cabeza, le vió en su caballo, entre los sombríos olivares del camino.

—¿Sabes lo que le he hecho? La he roto las piernas. Fué el único modo de obligarla a tener juicio.

--¿Con que es difícil de guardar?

El diablo contaba todos los trances de la aventura, el baile en la calle, el difunto en la casa, el fuego y la paliza maestra.

—Y en cuanto a las piernas, ¿puede arreglárselas Vuestra Alteza?

Para tu sosiego, voy a dejarle una más corta. Y, por último, un consejo. Como no estoy dispuesto a seguir siendo el mastín de tu honra, lo mejor será que no hagas más viajes hasta que se acaben las órdenes religiosas.



EL ESTILO

FRAGMENTOS

Nadie comprende la necesidad que existe de escribir como se piensa y como se habla, límpido, claro, brutal, sencillo y verdadero, vehemente o plácido, según el hilo de agua del asunto, precipitado o lento conforme al temperamento emotivo de quien escribe, y sincero y simple, arrancado del alma, y empleando, como dice Shakespeare, para la peor idea la peor palabra. quiero decir, la más cruel, que es casi siempre la más pictórica y la más persuasiva.

* * *

Uno de los verdaderos atributos del escritor es saber desentrañar, en la variedad de tantos milares de formas literarias, cuál sea la propia para expresar fielmente un determinado asunto.

* * *

Tener el estilo propio de sus asuntos es encontrar para cada género literario una prosodia propia y una sintaxis: el estilo desarticulado y corto para las narraciones contemporáneas; el estilo preciso, sobrio, pero orquestal, para las narraciones de asunto antiguo, en las cuales el efecto reside en la erudición del color y en la pompa silábica; el estilo límpido y ligero, para las descripciones de paisaje; grave y amplio, en los elogios de los grandes hombres; cortado en zig-zag, abierto al aire, para los asuntos humorísticos; y para los de sátira, silbando entre imprecaciones y carcajadas.

(Fialho D'Almeida: Autobiografía)

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

1 VOCACION FILOSOFICA

DEL DOCTOR JUSTO AROSEMENA

por El Dr. J. D. Moscote

El Marqués de Lumbria

novela por Miguel de Unamuno.

2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO

por el Dr. Octavio Méndez Pereira

La Institutriz

novela por Stefan Zweig

3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO

por Enrique Ruíz Vernacci

y cuentos de Salomón Ponce Aguilera,
Dario Herrera y Ricardo Miró

4 “TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”

“A la Orilla de las Estatuas maduras”

dos cuentos de Rogelio Sinán

5 SIETE CUENTOS MEXICANOS

Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.

6 EL CIEGO DEL BULABA

Novela corta inédita

por Alfredo Cantón.

7 LA CERCA DE PIÑUELAS

Novela corta inédita

por Julio B. Sosa.

Concurso Literario

Gane 25 Balboas

La Farmacia Selecta, en gesto digno de loa, presta su apoyo decidido a nuestra empresa de difusión cultural patrocinando este CONCURSO DE CUENTOS al que concurrirán únicamente los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza

El tema y la extensión de los cuentos quedan a voluntad de los concursantes.

Los trabajos (tres copias) deben enviarse a Biblioteca Selecta, Concurso Literario, Apartado 3181—Panamá—antes del 15 de Octubre, fecha en que se cierra el Concurso.

Los resultados se darán a conocer en el N° 11 de Biblioteca Selecta correspondiente al mes de Noviembre.

Habrà un premio único de VEINTICINCO BALBOAS y las menciones honoríficas que el jurado crea conveniente.

CUATRO CUENTOS INEDITOS
DE AUTORES PANAMEÑOS

• J. M. SANCHEZ

“PUEBLO PUERTO”

Personajes y aspectos de la vida de un puerto tropical, soberbiamente logrados por la pluma de José María Sánchez e ilustrados por Carcheri, Conte Porras y Franco.

• OFELIA HOOPER

“EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE JAGUARES”

Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta jaguares.

E. J. CASTILLERO R.

“EL PENITENTE DE LA OTRA VIDA”

Leyenda de aparecidos en la que se nos habla del perro prieto, la mula enfrenada, la procesión de ánimas, el padre sin cabeza, la tulvieja, la silampa, las brujas, los duendes, el chivato y otras supersticiones creadas por la imaginación popular.

• DR. J. M. NUÑEZ

“¡TATA!”

Cuento de vigoroso realismo en el que la vorágine del vicio y las fuerzas de la naturaleza bravía castigan rudamente al viejo “tata”, ebrio de alcohol y de pasiones.

Aparecerán en los próximos números de la
BIBLIOTECA SELECTA

EN PREPARACION

C U E N T O S
G U A T E M A L T E C O S

Selección

y nota preliminar

por

ALFONSO ORANTES

RADIO MIRAMAR

- Buenos
programas
- Música
selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.

“Hechos”

Noticiario de Actualidad

Informaciones de palpitante interés
sobre la vida nacional y extranjera.

Editor Gerente: Gerardo L. Díaz

Directora: Luisita Aguilera

Apartado: 3106

Panamá, R. de P.

ATRACTIVOS MODELOS

interpretados en las novísimas telas "Cohama", "Mirror Test", "Celanese", "Muselinas", "Gabardinas" y los famosos "Hilos Holandeses" ...garantizan su comodidad, satisfacen su buen gusto!

EL CORTE INGLES

Panamá

Colón

CURACAO-ARUBA

ALMACENES ROMERO

David



Mueblería "La Garantía"

CALLE "T" No. 4

A LA VILLA DE CARACAS

IMPORTADORES DE MERCANCIA EN GENERAL

Visite nuestro departamento al por mayor
y encontrará los precios más bajos
de la plaza

Calle 13 Este No. 8 • Tel. 388 • Apartado 118

PANAMA, R. de P.

Valiosa Fuente de Buena Salud y de Fuerza

La fuente más fácil de salud de los niños, adultos y ancianos, es el Sol. Los rayos infrarrojos del Sol desde las 6 de la mañana hasta las 10 y desde las 2 de la tarde, forman en la sangre la Vitamina D. La Vitamina D es la sustancia esencial para la formación y conservación de los huesos y dientes, así como para la absorción del calcio y fósforo.

La Vitamina D es de urgente necesidad en la dieta de los niños y de las madres, durante el embarazo y la lactancia. También lo es para los adultos y para los ancianos.

El niño que no recibe sol, es criatura expuesta a sufrir las deficiencias de Vitamina D y por lo tanto su crecimiento y desarrollo será endeble y retardado.

Cuando el sol hace falta en la niñez, entonces los padres tendrán que suplir esa fuente de Vitamina D con medicamentos, como el Aceite de Hígado de Bacalao. Pero, si el niño rechaza este aceite, entonces la exposición a los rayos solares será salvadora para la salud.

No basta vivir en una casa que tenga sol para que los niños estén salvos de las enfermedades que se producen por la falta de Vitamina D.

Los niños tienen que ser expuestos, especialmente, a los baños de sol hasta la 10 de la mañana o después de las 4 de la tarde. Si es posible, completamente desnudo con la menor ropa y la espalda y pecho descubiertos.

Los baños de sol, darán a niños y adultos, resistencia contra los catarrs y resfriados; ayudarán a la formación de huesos fuertes y resistentes.

Muchos padres creen que con sacar los niños al sol en jardines, patios o corredores envueltos en ropas o mantas, hacen algo en favor de sus hijos; pero, están errados. Los niños deben ser expuestos a los rayos solares, completamente desnudos.

Los rayos solares deben caer sobre el cuerpo humano directamente, sin pasar por ventanas, telas metálicas, toallas, mantas o vestidos.

Los niños deben ser expuestos al sol mediante un sistema científico no en forma caprichosa.

El primer día, de sol, la exposición debe durar solo 3 minutos; en los días siguientes la duración de la exposición podrá ser aumentada en 1 minuto hasta alcanzar la duración de 10 minutos por cada lado, es decir, 10 minutos boca-arriba y 10 minutos boca-abajo.

El sol debe bañar todo el cuerpo, excepto la cabeza y la cara, partes que serán expuestas al sol cuando el niño sale a la calle. Los baños de sol deben darse por lo menos tres veces por semana.

(JUNTA NACIONAL DE NUTRICION-BANCO AGRO-PECUARIO)

Mario Galindo y Cía. S. A.



Materiales de construcción.

Ferretería en general.

La pintura de mejor calidad.

611 0009101

Ave. Norte 71



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO • ENCUADERNACIONES

IMPRESA DE LA ACADEMIA

Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, R. de P.

LECHE MARCA
"AMEGLIO"

HELADOS
"SUAVEL"

Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
. Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Teléfonos 887—1687

Avenida Central 179

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

FABRICA DE ROPA

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732_J Apartado: 572

Invierta Su Dinero Inteligentemente...

Suscribase al Extraordinario

CLUB DE MERCANCIAS

Con sólo B/1.00 por Semana y reciba

B/25.00 en Mercancías de su gusto

SIN DESCUENTO ALGUNO

Compre su Acción **H O Y ! !**

Novedades Antonio Calle 'T'

(EL ALMACEN CON AIRE ACONDICIONADO)

Antigua Casa Kaiser


**"LA
PINTURA
MAGICA"**

Guardia & Cía. S. A.
 Teléfono 1496
 PLAZA DE HERRERA

SUSCRIBASE
 a la
 Biblioteca
SELECTA
 PRECIO B/1.50
 AL AÑO
 envíe su vale postal
 al apartado 3181

**MUEBLERIA
TUÑON**
 Ave. Central y Calle 31
 (Edificio San Roque)
 Muebles cómodos y
 elegantes a precios
 especiales
 Compre sus muebles con
 tiempo.
 Aproveche nuestros
 precios especiales.

NO DIGA CAFE

D I G A

CAFE DURAN

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4



LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS
SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINA-
RIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAOR-
DINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

✓ Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año